Carlos Blasco @memesuci

trincheras en la UCI

TERAPIA INTENSIVA de HUMOR PARA ALARGARTE la VIDA

mr

Carlos Blasco
@memesuci

TRINCHERAS EN LA UCI

Terapia intensiva de humor para alargarte la vida

mr

© Carlos Blasco Solís, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Ed Carosia

ISBN: 978-84-270-4945-1
Depósito legal: B. 19.409-2021
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Certificado PEFC
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

Índice

Prólogo 11
Capítulo 1. Estreno en «Hospital Central»: el primer día ... 15
Capítulo 2. Ubicaina 100mg: los diez mandamientos 33
Capítulo 3. El día de los locos vivientes 51
Capítulo 4. El (d)hemofiltro: la máquina de Satán 69
Capítulo 5. Es-cenas de Navidad 89
Capítulo 6. El Apocalipsis del papel de váter: preludio 109
Capítulo 7. Apocalipsis parte 2: el desenlace 131
Capítulo 8. Movimientos internos 147
Capítulo 9. El concurso del año 163
Capítulo 10. Un último paseo 183

Capítulo 1

Estreno en «Hospital Central»: el primer día

Empezar a trabajar por primera vez en un hospital es algo similar a ir a la guerra, que te den un subfusil y te metan en medio del conflicto en, por ejemplo, Afganistán, sin que nadie te haya enseñado si quiera cómo usarlo. Bueno… o como si te mandan a la misma guerra pero sin arma. O directamente sin ropa. Las pasas putas, hablando claro. ¡Que no cunda el pánico! Después de pedir opinión a medio país, puedo decir que me he preparado bien para mi primer día o eso creo.

He venido armado con mi fonendo de cinco euros al cuello (que, por cierto, no sé utilizar), mis tijeras para vendajes con mi nombre grabado en ellas, un salvabolsillos (ese chisme que multiplica el almacenaje de los escasos bolsillos del uniforme), bolígrafos varios, un reloj que no da la hora y otras tijeras que realmente no cortan, que son para «clampar» o pinzar cosas y tienen un nombre raro. No tengo muy claro para qué las quiero

ahora mismo, pero me aportan la seguridad que en este momento tanto necesito.

Me tiemblan hasta las pestañas, no os quiero engañar, me muero de nervios y siento que mi bolsillo pesa diez kilos. Después de decir esto me he dado cuenta de que es por el maldito salvabolsillos que me regaló cierto sindicato por afiliarme *petao* de bolígrafos, rotuladores, subrayadores y demás. Parece que vaya a montar una copistería, vamos. Yo no sé para qué quiero tanto cacharro, pero las *influencers* de enfermería lo llevan, y si ellas lo hacen, por algo será. Por si no sois del mundillo, os pongo en contexto. En el mundo de la enfermería existen dos tipos de enfermera: la que solo lleva un boli (que probablemente se lo haya robado a otra enfermera más novata) y la que directamente trafica con ellos como si fueran tabaco en la cárcel. He decidido ingresar en ese grupo, a ver qué pasa.

Llevo tres semanas de «reciclaje» en la UCI. Al principio, cuando me lo dijeron, pensaba que me iban a poner a separar los envases de plástico de los de vidrio, pero en realidad me están formando para trabajar aquí. Mi día a día se basa en convertirme en la sombra de otra persona durante un tiempo, para ver cómo trabaja y literalmente imitarla hasta que pueda considerarme autónomo laboralmente.

La responsable de mi formación es Isabel, una señora que calculo debe tener aproximadamente mil cuatrocientos cincuenta y tres años, cuya meta a corto plazo se divide cincuenta *porcieto* en jubilarse, cincuenta *portento* en prenderle fuego al hospital. Cada dos frases menciona que se va a ir a un centro de salud, lo pidió hace bastante tiempo pero tiene la esperanza

de que la trasladen de un momento a otro antes de jubilarse. Su mantra ante cualquier situación que le requiera un mínimo de energía es: «Un día más en la UCI, un día menos para jubilarme». Sabe un montón, no me malinterpretéis, me ha enseñado mucho y su experiencia te puede sacar de un buen apuro, pero más de una vez me ha dejado politraumatizado al lanzarme sus afilados comentarios mirando por encima de sus picudas gafas de culo de botella. Siempre que hablo con ella tengo la sensación de que está constantemente al borde de sacar de su prehistórico bolso una caja de cerillas, abrir una bombona de oxígeno y ¡BUM! Pero luego, algún día aleatorio del mes, trae galletas caseras y me confunde. Le he cogido cariño.

Mi primera interacción con ella fue (cómo no) mi primer día, cuando un médico me hizo entregarle una petición de analítica para uno de sus pacientes. «¿Analítica urgente? Urgente es que me den mis vacaciones ya, porque como no me las den ya, me voy a coger la baja… Con lo mal que tengo yo la espalda. Mira, la analítica esta la vas a sacar tú porque, claro, tendrás que aprender, ¿no? La gente nueva tiene que aprender». Todo esto sin levantarse del sillón de la salita, evidentemente. Ale, ya he cobrado de gratis. A mí quién me manda decirle nada a nadie. De repente me encontré pinchándole la mano a un paciente que ni siquiera llevaba yo, y encima fuera de mi turno. Y mi *tupper* de macarrones llorando, frío en mi mochila.

Pero eso fue hace tiempo. Ya no me dejo pisar de esa manera. Bueno… por ella sí, me sigue dando un poco de miedo. En realidad, sigo siendo el mismo pringado, tampoco ha pasado tanto tiempo. Hoy, sin embargo, Isabel no trabaja porque por fin ha sido premiada con sus tan ansiadas vacaciones, así

que me he enganchado modo lapa a otra veterana del servicio para estar con ella todo el turno y aprender distintas maneras de hacer los procedimientos. Sinceramente, no era mi primera opción, sé perfectamente que no le gusta enseñar y que me va a soltar alguna fresca, pero con tal de no tener que interactuar con la supervisora, todo es bienvenido.

—¡¿Otra vez a mí me toca formar a otrooo?! No me da la gana, estoy harta, no hacen más que hacerme perder el tiempo, tardo el triple en hacerlo todo, no puedo perder el tiempo con otro niño recién graduado. ¡Refuerzo es lo que necesitamos, no esto! Esto no es un refuerzo, es un martirio. —Se gira, me mira y la muy *salá* me suelta sin ningún miramiento—: Pero no es personal, eh, cariño. No va por ti, pero voy a hablar con la supervisora porque no me parece normal.

Para no ser personal se ha quedado bastante a gusto conmigo, señora. No sé cómo lo hago pero ya la he liado y aún no he tocado ni un paciente en lo que va de día. De los nervios me he puesto a sudar (aún más); entre eso y el clinclín que hacen las tijeras chocando entre ellas en mi bolsillo del pijama parezco el butanero de mi barrio el domingo por la mañana al sol, justo la imagen de profesionalidad y pulcritud que quiero dar… Perfecto.

Se abre la puerta y aparece Carmen. Repito: CARMEN. No… no lo entendéis. Carmen no es la supervisora de la UCI. Carmen es LA supervisora de la UCI. Como decía la Veneno «¡*conocía mundiar*!». La conocen en todos los hospitales de alrededor y os podéis imaginar que no por su simpatía. Dicen que una vez llamó imbécil en su cara al gerente del hospital donde trabajaba, así, a grito pelado, y no solo no le contestó, sino que además acabó pidiéndole perdón.

Digamos que no tengo pruebas de que eso sea cierto, pero tampoco ningún tipo de duda. No se le sube nadie a las barbas. Os pongo en contexto: una mujer bajita, acelerada, con un corte estilo bob y cara de cansada, supongo que por llevar a hombros el peso de la responsabilidad de la UCI y también el de los trescientos kilos de mala leche que tiene, que también pesan lo suyo. Se la reconoce fácilmente porque siempre va armada de una pequeña máquina como las que tienen las cajeras en los supermercados que sirve para poner precios. Se pasa tardes y tardes etiquetando las cosas del almacén para mentalizarnos de lo que vale un peine y para que no hagamos un mal uso del material del que disponemos. Todos tenemos la sospecha de que infla un poco los precios, por lo que ya nos lo tomamos hasta a risa. Siempre que se nos cae una gasa bromeamos entre nosotros: «¡Ahí van quinientos euros menos para el hospital!». Carmen se me acerca mirándome fijamente a los ojos y, con cierto recelo, me suelta:

—Tú llevas mucho reciclándote ya… Tienes que ir solo. Pero aquí no, claro. Aquí no quiero gente nueva, primero tenéis que rodar un poco, porque no puede ser que os manden aquí, no puede ser, no puede ser, no pue… —sigue diciendo en bucle mientras se va por el pasillo teléfono en mano, no sé si llamando a la policía para que me arresten de forma preventiva por intento de homicidio, o al director del hospital para que me despidan. ¡Si a mí me han mandado aquí sin preguntarme, yo quería pediatría! ¡A mí qué me cuenta! Tan solo ha confirmado mis sospechas, y es que, en estas tres semanas de formación, aún no se había dado cuenta de mi existencia. En todo este tiempo ya me ha llamado Javier, Víctor, Alejandro, Marcos,

etcétera, y me ha mandado varias veces al laboratorio a llevar muestras al creer que soy celador. Yo he ido, evidentemente. Con el carácter que tiene como para rechistarle nada.

Carmen regresa rauda y veloz como haciendo marcha por el pasillo y me dice que tengo que irme a Urgencias porque falta una enfermera, así que empiezo en Urgencias «de número». ¿De qué número? ¿A quién tengo que llamar? Y sobre todo y más importante… ¿dónde está Urgencias? Después de explicarme con cara superlativa que «de número» quiere decir que ya no estoy de formación, con mi mochila al hombro voy siguiendo los carteles que me encuentro a medida que avanzo por la primera planta del hospital, cuando, de repente, oigo de fondo: «¡¡¡A mi padre aún no le han dado cama y no le han traído la comida!!!»; y otra voz que dice: «¡¡¡Enfermeraaa!!! ¡¡No cae la gotaaa!!», mientras una señora con el culo al aire deambula delante de mí como si se tratara de una figurante de *The Walking Dead*. Abro la puerta y ante mis ojos (acostumbrados al orden de la UCI) aparece un espacio abierto caótico, a la vez que abarrotado de gente, sumido en el más inquietante caos. Me atrevería a decir que he encontrado Urgencias.

—Hola, llegas tarde. Llevas las puntas del pasillo de medicina interna, tienes tres entradas por hacer y la señora del diecinueve dice que quiere la cuña. Ah, por cierto, aquí tienes el busca de paros (sí, es lo que piensas, un busca que avisa de paradas cardiorrespiratorias que hay que ir a atender inmediatamente). Si suena, te toca salir a ti. ¿Te queda claro? ¿A qué esperas? Mueve el culo.

Ansiedad, vieja amiga, bienvenida a mi cuerpo de nuevo. Paro el que me va a dar a mí por los disgustos que me estáis

dando y solo llevo media hora de turno. Que alguien me traiga un diazepam. ¡Enfermera, por fa…! Ah, mierda. La enfermera soy yo. ¿Cómo que el busca de paros? ¡Si no sé ni encenderlo! ¿Dónde está el PIN? Cuando me llamen, ¿qué les digo, cambio y corto? ¿Aquí no es, señora, se ha equivocado, esto es Amena? Recojo del suelo la poca dignidad que me queda y me dirijo hacia las puntas del pasillo donde se encuentran mis pacientes. Al fondo creo divisar borrosamente la imagen de una chica morena, con el flequillo ladeado y la oreja llena de *piercings*, hablando con una señora mayor. No puede ser, sabía yo que no podía tener tantísima mala suerte hoy, algo bueno me tenía que pasar.

—¡Nena, eres muy joven para ser tan malhablada y vulgar! —se quejaba la anciana a la chica.

—Y usted es muy mayor para seguir viva y aquí estamos las dos, reina… —le suelta la joven—. Hágame el favor de volver a su habitación que ahora voy.

—Meri, de verdad te lo digo que un día te van a echar por decir estas cosas; ya la ayudo yo, señora, no se preocupe. ¿Qué necesita? —digo en vano mientras la señora se gira y se va, cómo no, con el culo al aire.

—¡Qué pasa, amoreee! ¿Te han metido en puntas? Vaya *pringao*. Esto fijo que ha sido la Cartones, la que reparte las camas. Seguro que te las va a poner todas a ti para que sus amigas las dinosaurias se pasen toda el día tocándose el higo. Esta gente es lo peor. Palo máximo.

Os presento a Meri. Meri es mi mejor amiga de la carrera, mi alma gemela pero con tetas, no podía ser todo perfecto. Estudiamos juntos y lleva trabajando un par de meses más que

yo, los suficientes para haberse convertido de forma inmediata en mi enfermera máximo referente hasta que lleguen las diez de la noche y me dejen irme a mi casa sin haber matado a nadie ni haberme muerto yo. Es… hum, digamos que «muy espontánea». ¿Sabéis esa vocecilla que todos tenemos en la cabeza que nos dice que eso que estás pensando es demasiado cruel como para decirlo en voz alta sin que nadie se ofenda? Pues la de Meri abandonó su cuerpo hace bastantes años, se fue a por tabaco y nunca volvió, pero tiene tanta suerte que nunca le ha traído represalias y, de hecho, suele ser bien recibida, hasta con buen humor. Meri es la típica persona con la que prometes casarte si a los treinta y cinco ninguno de los dos tenéis pareja, lo cual últimamente parece bastante probable para mí. A Meri no le va demasiado bien con los hombres y a mí tampoco, por mucho que ella se empecine en presentarme hasta al conductor del autobús que nos trae al hospital. Meri, podría decirse que directamente, los espanta. No me extraña y a vosotros tampoco lo hará cuando la conozcáis más adelante.

A partir del tórpido encuentro con la señora mayor, Meri y yo nos metemos mano a mano a hacer todos y cada uno de los ingresos, entradas, analíticas, hemocultivos, sondajes y vendajes habidos y por haber, inseparablemente juntos, como si fuéramos dos piezas de un puzle. Menos mal que estaba ella, mi vida no es la única que ha salvado, aunque fuera de forma colateral. Su aparición hoy ha sido como ver a la Virgen de Lourdes, con su halo brillante sobre la cabeza y todo, aunque el rollito de santa no le pegue nada.

—¡Vaya tela, *amore*! Te juro que no era capaz de cogerle la picha a ese para sondarlo, eh… Un poco más y meo yo en el

bote por él. Que, por cierto, llevo tres horas queriendo ir al baño y por ayudarte aún no he podido, te odio. Me vas a compensar comprándome un bocata de beicon-queso en la cafetería. Bien de queso quiero, que rebose. Déjame el boli un segundo para firmar la medi, que no llevo encima, plis.

—Toma, pero devuélvemelo. A ver, la picha, muy grande no era, pero igual, aunque estuviera en coma el hombre, ponerte a cantar ABBA en el box, no ha sido muy considerado por tu parte.

—¡Es que es un temón, *amore*! Chiquitita dime por quééé… Ayer me puse a ver la peli de *Mamma Mia*, la primera, y me fui a las mil a dormir. Cuando tengamos vacas nos vamos a Grecia juntos y lo recreamos.

—Estás fatal… Yo estuve con un ex. Spoiler: sale mal. Por cierto tía, me tienes que dar todos los consejos que puedas porque voy superperdido. No me entero de nada y encima me falta un montón de conocimientos… Y ya de práctica, ni te cuento. Ni siquiera sé lo que no sé y debería saber sabiendo encima que es superimportante que lo sepa, ¿sabes?

—Mira, no te he entendido nada, cariño. Relájate un poco y disfruta, Charlie. Esto es la jungla. A mí me dijeron cuando entré que lo mejor que podía hacer era venir con un buen libro debajo del brazo.

—¿Y te funcionó?

—Me dio mucha paz. Yo me traje *El código Da Vinci*, y la verdad es que el turno fue un desastre pero, oye, la trama… ¡qué intriga, *amore*! ¡Se me pasó la tarde volando! Aunque se me escaparon dos pacientes por estar leyendo en el baño, pero eso que me ahorro de pincharlos, todo son ventajas. Por cierto, ¿te queda medi aún?

—Hum… solo me queda ponerle un antibiótico a la señora del dieciocho y ya habré acabado, creo. Lo tengo aquí preparado, acompáñame un segundo, porfa, y vamos a la cafe —dicho esto cojo mi carro como si fuera mi tacatá y lo planto en la puerta del box.

Meri llama a la puerta, entra, y no pasan ni diez segundos que ya ha vuelto a salir.

—¿Qué pasa, tía? No me has dado tiempo ni a coger el antibiótico.

—Una preguntita, así, tonta… ¿cómo se llamaba exactamente la señora del dieciocho?

—Pues que yo sepa se llama María, ¿por?

—Nooo… más que nada te lo preguntaba porque ahora María se llama Manolo, tiene bigote y está su esposa sentada al lado dándole la manita, para que lo supieras —dice ante mi asombro—. Es broma, *amore.* Esto ha sido la Cartones, que te ha movido los pacientes sin decirte nada. A esta le voy a arrancar la peluca un día de estos, me tiene hasta el higo. De toda la vida si haces un traslado, avisas a la enfermera, coño. ¿Qué somos nosotras, las tontas de turno o cómo va esto? Ven, que te la voy a presentar.

Imaginaos el típico trilero con su mesa y sus tres cubiletes moviéndose de lado a lado y él preguntando a la gente que dónde está la bolita. Pues cambiad los tres cubiletes por cuarenta etiquetas de pacientes y una señora moviéndolas igual de rápido sobre un cartón en el que pone las habitaciones donde está cada uno. A eso se dedica la Cartones, y lo que dice la Cartones va a misa.

—Esta va al doce que hay al lado una señora y así cierro el box con dos mujeres. Este lo llevas a Rayos y de ahí lo vas a meter en el cuatro que está vacío. Al del tres lo vas a llevar al ocho, vamos a pasar la lola por el box porque era Marsa (lo sé, endiablado: coloquialismo enfermeril para MRSA o Staphylococcus aurea resistente a la meticilina… Seguro que ahora entiendes que abreviemos…), luego lo vas a volver a meter en el tres como preventivo. Y al del cuatro lo dejamos bloqueado en aislamiento porque tiene una pseudomona multirresistente… —va comentando la cartones para sí misma.

—Cariño, ¿me podrías decir qué ha pasado con la del dieciocho para que ahora María se llame Manolo? Más que nada porque casi le casco el antibiótico al paciente que no es y te lo preguntaba para ir pensando qué decirle al juez cuando me meta en la cárcel por tu culpa.

—A esa te la he metido en el once con otra señora. Déjame, que tengo mucha faena.

Meri acepta la respuesta con tranquilidad y vuelve al pasillo donde se encuentra, ahora sí, María, para administrarle el antibiótico que le tocaba y por fin poder acabar la ronda de medicación.

—Qué tranquila le has contestado para lo cabreada que estabas antes, amiga —le digo.

—La venganza es un plato que se sirve frío, *amore.* ¡*Vendetta*! Ya verás.

Justo acaba la frase y aparece por el pasillo la Doctora Jones. Ni siquiera sé cómo se llama en realidad, pero la llamamos así porque es la Indi de la UCI: se pasa el día ingresando momias bicentenarias que no deberían estar en un hospital y pro-

bablemente, tampoco vivas, en general. Por su apariencia de pelo perfecto, cutis perfecto y toda ella perfecta, asumo que, además de buena familia, viene de una universidad privada y no está muy acostumbrada a la vida real. Sobre todo a tratar con enfermeras que no están dispuestas a convertirse en sus esclavas personales.

—Hola, chiquis, os van a ingresar a una señora politraumatizada que tiene ocho costillas y ambos fémures rotos y un TC (traumatismo craneoencefálico, ahí es nada) leve. Ha hecho un neumotórax a tensión (vaya, que los pulmones no van), pero se lo han pinchado los de la ambulancia. Está séptica además por una ITU (al borde del colapso multiorgánico por una Infección del Tracto Urinario). Ah, y pelvis inestable (lo que faltaba…). Sorprendentemente, en Glasgow quince (¡pues menos mal! Habla, se mueve, comprende…). Tenemos que ir a por todas con esta señora. Tiene noventa y ocho años —dice la última frase medio susurrando. A mí no me dejéis vivir tantos años si me voy a romper por tantos sitios, os lo pido por favor.

—Chiqui, no; Meri para ti. ¿Pero qué estaba haciendo la señora? ¿A ciento ochenta kilómetros por hora por la autopista con la escúter o qué *pa* romperse tantas cosas? —le suelta Meri con mala gana.

—Se estaba poniendo las medias y se ha caído… —reconoce avergonzada la médica.

—Joder, pero ¿se las estaba poniendo en el balcón o cómo? No nos traigas más momias a urgencias, por favor te lo pido, que vamos de culo. ¡Que alguien pare a la arqueóloga esta! ¡Que le quiten el fonendo!

—Oye, a mí no me hables así, ¿vale? Mira que pone aquí: «MÉDICO». Yo soy el médico y aquí las órdenes las doy yo, así que a cumplir.

—Tranquila arque… digo… doctora. Ahora mismo preparamos todo —le digo para intentar apaciguar un poco las aguas.

Miro por el rabillo del ojo a Meri para encontrarme que su cara, ahora llena de ira, ha tomado una tonalidad rojo chillón y no le sale humo de la nariz de milagro. La Doctora Jones da un giro de tacón y se va hacia su despacho melena al viento, objetivamente ofendida. Meri lleva muy mal el tema del clasismo interprofesional entre medicina y enfermería. Es acérrima defensora de las «competencias enfermeras» y de la evolución que nuestra profesión ha dado a lo largo de la historia, y si tiene que plantar al médico más prestigioso del hospital, lo hará. De hecho, creo que incluso disfruta al encararse con ellos, porque así tiene la justificación oportuna para hablarle mal a los que, por desgracia, aún hoy en día se consideran superiores a ti porque así los instruyen en la Facultad.

—Como me vuelva a hablar así, te juro que la ensarto con un trocar torácico como si fuera un pinchito de pollo y le arranco con los dientes los pelos de rata esos que me lleva. Esta y yo un día la tenemos, acuérdate de mis palabras. La tenemos.

Empezamos a preparar el box para recibir a la señora que nos tiene que ingresar cuando una mujer con cara de llamarse Cayetana, tener dos apellidos compuestos y varios bolsos Louis Vuiton, saca su voluminosa permanente a relucir dentro de la habitación en la que estamos trabajando sin que nadie la haya invitado y con la más pija y nasal de las voces, nos dice:

—Oye, si no me atendéis ya, me voy a ir… Llevo como… media hora, es muy fuerte. He venido porque hace tres meses que me duele un poco el hombro.

—Está usted en el box de paros, primero de todo, así que fuera de aquí. Segundo, ¿sabe usted que eso no es una emergencia, verdad? —le espeta Meri mirando al fondo del pasillo, por donde pasa una camilla corriendo con un enfermero encima haciéndole RCP (reanimación cardiopulmonar) a un paciente que iba de camino a quirófano—. ¿Ve eso? ESO es una emergencia. Váyase a su centro de salud más cercano que la atenderán encantados.

—¡Pues que sepas que me voy! —dice a lo duquesa de Alba prácticamente sin mover la boca a consecuencia de las cantidades ingentes de bótox de sus labios salchicheros.

—¡Ole, una menos! Tiki tiki —celebra Meri haciendo un bailecito con los brazos.

—Tía, pero disimula un poco al menos. Como te vea la súper…

—¿Qué va a hacer? ¿Echarme? JA. Ojalá. Tú date un par de semanas y ya verás como acabas hasta el coño como yo, ya verás. Que esto no lo aguanta nadie sano de la cabeza, hombre. Mira, por ahí viene nuestra princesa rota.

Entran por la puerta dos técnicos de emergencias empujando una camilla con una mujer de edad avanzada y de apariencia frágil pero entrañable tumbada encima. Entre los cuatro hacemos el transfer a nuestra camilla y después acaban de pasarnos el parte de lesiones. Meri me mira con cara de perversión, y antes de que pueda hacer nada tras leerle las ideas, le suelta a uno de los dos técnicos:

—Este está soltero, por si te interesa —señalándome con la cabeza—. Yo es que ni que me tiren el ramo me caso, los hombres no servís para nada, me voy a hacer lesbiana. Pero este es muy listo, eh, aparte de guapo, toca el piano, sabe hacer jarrones, te hace de *to*.

—¿Ehhh? Jajaja. No, si a mí no me gustan los chicos. Oye, el collarín nos lo tendríais que devolver luego, cuando podáis, que solo llevamos uno de repuesto en la ambulancia.

Intentando distraer la atención de alguna manera me pongo a valorar a la señora con cuidado tras sacarle la analítica.

—Hola, soy Charlie, el enfermero. ¿Me podría decir cuánto dolor tiene de cero a diez? Cero es nada de dolor y diez es el peor dolor que ha sentido jamás —digo mientras le ilumino las pupilas con mi linterna recién comprada en el chino para valorar la reactividad.

—¿Y no te gusta esta chiquita, con lo mona que es? —le dice la señora politraumatizada al técnico de ambulancias.

—¡Señora, usted no se meta que yo lo quiero para mi amigo! Yo odio a los hombres, no traen más que disgustos —dice Meri mientras le pasa suero por la vía.

—Yo también los odio… —digo en voz baja riéndome—. Pero señora, céntrese. ¿Podría responderme? Recuerde, de cero a diez. Cero nada de dolor, diez el peor dolor de su vida.

—Pues se te va a pasar el arroz… ¿Eh? ¿Que si me duele? Uy, mucho, mucho. ¡MUCHÍSIMO DOLOR! Me duele mucho todo. Estoy fatal.

—Uy, pues para meterse en mi vida no le duele tanto —dice Meri.

—Calla, que me la distraes. Eso… eso no es un número, señora… Por favor, de cero a diez.

Ante la alucinación de los chicos de la ambulancia, yo sigo haciendo mi faena para intentar disimular que me he puesto rojo como un pimiento. Estabilizamos a la señora y llamo para llevarla a la UCI. Al acabar de pasar el parte por teléfono, la chica al otro lado de la línea me dice:

—Bueno, pues la vamos a ingresar en el box tres. Dame media hora y ya me la traes cuando quieras, que están acabando de limpiar. Por cierto, tú eres el Charlie, ¿no? Espérate un momento, no me cuelgues, que la súper quiere hablar contigo.

Como si no hubiera suficiente hoy, ya me vuelven las taquicardias de oír eso. Nunca son buenas noticias, pero hoy nada está yendo como suele ir normalmente, así que ya no sé qué pensar.

—A partir de mañana estás ubicado.

—¿C… cómo? —no me salía ni la voz.

—Que desde mañana vas a trabajar única y exclusivamente en la UCI.

Ni me ha dado tiempo a celebrar la noticia cuando oigo que me ha colgado el teléfono, pero me da igual. Lo mejor de todo es que a Meri también la ubican a la vez que a mí, a ella se lo dijeron antes. Esto se pone divertido. Por una parte me tranquiliza pensar que cualquier cagada que haga va a verse infinitamente eclipsada por las burradas que le salen a Meri de la boca, que no son pocas. Por otra parte me tranquiliza aún más saber que voy a trabajar codo con codo con mi mejor amiga, aunque sea en un sitio tan difícil como lo es la UCI. Sea como sea, esto tiene buena pinta. Ahora empieza el mambo. Después

de un turno bastante movido, aprovechamos el descanso para sentarnos un momento en la salita.

—¡Que nos vamos a la UCI, *amoreeeeee*! —me dice Meri mientras se come la merienda.

—Tía, perdona que al final no te he ido a comprar el bocata, se me ha olvidado completamente con tanto jaleo. Tengo la cabeza hecha un bombo.

—Bah, ni te preocupes, este está de muerte. Es de… salmón y aguacate —dice tras abrir el bocadillo para comprobar qué lleva. Se saca un bolígrafo de cuatro colores del bolsillo y se pone a escribir cosas en un papel.

—Tía, pero si me has dicho que no tenías boli, ¿de dónde has sacado ese?

—Se lo he robado a la Cartones. Que se joda, por hacernos lo de antes.

—Aaah, a eso te referías con que te ibas a vengar…

—¿De quién te crees que es el bocadillo que me estoy comiendo? Jajaja. ¡Ya te he dicho que la venganza es un plato que se sirve frío!